

13383

Set 30/
71

Esquinas de una flor

567

L47 - 6011

59-60147-6011

ESPINAS DE UNA FLOR,

SEGUNDA PARTE DE

¡FLOR DE UN DIA!!

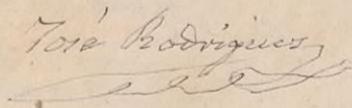
DRAMA EN VERSO, EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO CAMPRON.

Representado por primera vez en el Teatro del Drama, en Marzo de 1852.

—
UNDÉCIMA EDICION.
—

Jose Rodriguez


MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

La propiedad de este drama, la del de

Flor de un día. Una ráfaga.
Libertinaje y pasión. Asirse de un cabello.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.	Un pleito.
Los Diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	U. Cocinero.
Guerra á muerte.	¡Quién manda manda!!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diabolo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una vieja.	Los suicidas.
Una niña.	Marina.
La Jardinera.	Galatea.
Por conquista.	El pan de la boda.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los correspondientes de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

EXCMO. SR. D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,

Conde de San Luis.

Muy Sr. mio: Creo que pesa un deber de delicadeza y gratitud sobre todos los que cultivan con fe la literatura dramática, de pagar un tributo de justa correspondencia á los desvelos y laudables esfuerzos del hombre que en el poder pretendió hacer de la literatura una carrera digna, considerada y gloriosa.

Yo, que la he empréndido con tanta fe como el que más, pensé desquitarme de esta deuda, dedicando á V. E. mi primera produccion: entónces era V. E. ministro, y este fué el único motivo que me impidió hacerlo: la poca conciencia de la propia fuerza me hacia apocado, y el temor de que mi insignificante dedicatoria pareciese una adulacion, me hacia orgulloso.

Hoy que estas consideraciones han perdido alguna parte de su fuerza, tengo el honor de dedicarle las ESPINAS DE UNA FLOR, sintiendo solo el que esta obra no sea tan digna de su buen talento como yo quisiera.

Con esta ocasion me complazco en renovar á V. E. mis respetos, y en repetirme de V. E.

S. S. Q. B. S. M.

S. Campredon.

Madrid 13 de Marzo de 1852.

SR. D. FRANCISCO CAMPRDON.

Muy Sr. mio, de todo mi aprecio: La carta con que me ha honrado V. ayer ofreciéndome la dedicatoria de su segunda comedia *ESPINAS DE UNA FLOR*, es para mí una flor sin las espinas que en otras tantas he hallado. En ese mismo conato mio que ha movido á V. á dedicarme su obra, en el deseo que siempre me ha animado de proteger el talento y de estimular á cuantos pueden demostrar al mundo que nuestra pobre patria produce aún dignos descendientes de los que con sus trabajos literarios llevaron el nombre español á todos los ámbitos de la tierra, ¡cuántas espinas me han punzado, no ya las manos, sino el corazon y el alma!

Sea, pues, bien venida esa flor que V. tiene la bondad de enviarme. Ella será para mí una siempreviva, que conservaré toda mi vida con gratitud sincera. Solo siento que en cambio de un don que tanto estimo por su índole y por la ilustrada persona de quien procede, nada pueda ofrecer á V. sino la estéril, pero verdadera amistad de su afectísimo y atento servidor

Q. B. S. M.

El Conde de San Luis.

Madrid 14 de Marzo de 1852.

PERSONAJES.

ACTORES.

D. DIEGO CARVAJAL, de 36 años.....	D. JOAQUIN ARJONA.
D. ^a ELENA DE VILLENA, su esposa, de 20 años,..	D. ^a MARIA RODRIGUEZ.
LOLA, Marquesa de Monte- ro, de 27 años	D. ^a TEODORA LAMADRID.
P. JOSÉ, de 70 años.....	D. ENRIQUE ARJONA.
CÁRLOS, negro de 22 años.	D. MAMUEL OSSORIO.
EL DOCTOR, de 50 años ..	D. N. N.
UNA DONCELLA.....	D. ^a N. N.
UN CRIADO.....	D. N. N.
UN MARINERO.....	D. N. N.
LA ABADESA.....	SRA. CAMPOS.
LA PORTERA.....	D. ^a N. N.
Comunidad de religiosas.	

La época es en 1820, y el lugar donde pasa la acción la rada de Anton Lizardo, á cuatro leguas de Veracruz.

ACTO PRIMERO.

Sala de una quinta elegantemente amueblada: dos puertas á la derecha, que comunican á las habitaciones interiores: dos puertas en el centro, de las cuales la de la derecha se supone que baja al jardín, y la otra comunica con el exterior: á la izquierda, en primer término, ventana, balcon ó mirador, con vista al mar, y puerta en segundo.—Al correrse el telon se ve á Carlos en la puerta de entrada, como si estuviese hablando con un criado, que no está á la vista del espectador; habrá dos mesas: encima de la una varios libros, y en la que está más cerca de la ventana, un antejo marino, etc.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

¿No ha vuelto aún? pues lo siento:
preciso es que me resuelva
á esperar hasta que vuelva: (Entrando.)
en fin, tomemos asiento.

(Se sienta y observa los muebles.)

¡Qué lujo tan especial
tiene ese hombre en todo! Es justo,
todo respira aquí el gusto
de don Diego Carvajal.
Es raro por vida mía,
que jamás de él se despinte

ese sombreado tinte
de vaga melancolía;
tiene talento, valor;
tiene hacienda, posicion,
un hidalgo corazon,
y una mujer... ¡qué mujer!
Cuando la fortuna ingrata,
el poder hispano hundiendo,
le obligó á dejar, huyendo,
las orillas de la Plata,
emigrando á tierra extraña
nos trajo á todos acá,
que es en América ya
el postrer resto de España.
Hasta aquí todo se explica;
lo que hallo más singular
es que hiciese edificar
esta posesion tan rica
junto al mar, en una rada,
tan lejos de Veracruz..
Por la Virgen de la Luz
que es excéntrica humorada:
vamos á ver, ¿quién le quita
vivir como un potentado?
y prefiere estar aislado
aquí como un cenobita.
Aunque pensándolo bien,
con tan galana beldad,
la más triste soledad
se convierte en un eden.
¡Qué mucho que con tal perla
sea feliz un esposo,
si yo me siento dichoso
con soñar, callar y verla!
¡Dios mio, por qué razon
nos pintó la suerte avara
tan distinta nuestra cara,
siendo el mismo el corazon!
¡Ah! si á lo ménos viviera
mi padre, cuál gozara hoy
al ver que tan jóven, soy
un capitan de carrera,

de un bergantín suyo, el Diego,
con seis cañones por banda,
que es relámpago si anda
y un castillo si hace fuego.
Bien que en la época presente,

(Levantándose.)

¿no mandarlo así armar,
¿quién se atreve á navegar
con tanto buque insurgente?

(Mirando á la ventana.)

Allí está: es una monada
verlo cuando la mar crece
lo coquetón que se mece
sobre la muerta oleada.

¡Por Cristo! ganas me dan
de topar á un insurgente
para probar á mi gente.

ESCENA II.

D. DIEGO y DICH0.

DIEGO. Buenos días, capitán:
¿cuándo os poneis en franquía?

CARLOS. Completo ya el cargamento,
aprovecharé el buen viento
zarpando este mediodía.

DIEGO. ¿Vais contento?

CARLOS. No por Dios.

DIEGO. ¿Qué falta á vuestro reposo?

CARLOS. Nada: me voy pesaroso
porque os dejo triste á vos.

DIEGO. Desechad esa aprension:
es mi génio siempre así.

CARLOS. Más alegre os conocí.

DIEGO. Quizá no os falte razón;
mas hoy, ¿quién puede vivir
placentero en esta tierra,
si en todas partes la guerra
hace su estrago sentir?
las colonias españolas
son presa de males graves,

sin que ni una de sus naves
venga á surcar estas olas;
y del continente hispano
en la opulenta region,
sólo nos queda el giron
de este reino mejicano.

CARLOS. Dejad que ruede la bola,
vos no la habeis de parar.

DIEGO. Es que no puedo olvidar
que tengo sangre española.

CARLOS. Verdad que es un sacrificio
dejar el nativo hogar:
mas vos no os debeis quejar;
fuera quejarse de vicio;
sois jóven, sois poderoso,
el cielo os dió una mujer
que cifra todo su ser
en el amor de su esposo.
Don Diego, no es tan siniestra
vuestra estrella combatida:
muchos darian su vida
por un dia de la vuestra.

DIEGO. ¡Quién sabe, Cárlos, quién sabe!

CARLOS. Pues no puedo adivinar...

DIEGO. Sois jóven para juzgar
lo que dentro un alma cabe.

CARLOS. ¿Pues si posicion más alta
á conquistar aspirais,
no teneis cuanto anhelais?

DIEGO. Excepto lo que me falta.

CARLOS. ¿Qué os falta á vos?

DIEGO. Nada, Cárlos;

y pues tranquilo me veis,
males que no comprendeis
no querais adivinarlos.

CARLOS. Si os pudiese yo dejar
tan feliz como deseo...

DIEGO. Lo creo, Cárlos, lo creo:

(Estrechándole la mano.)

y bien, ¿os gusta la mar?

CARLOS. Mucho: os juro por mi nombre
que al perderme en su extension

encuentro mi profesion
la sola digna del hombre;
porque á lo ménos allí
lucha solo el pensamiento
contra el cielo y agua y viento,
que se vienen contra mí,
Y en tanto mi dignidad
lisonjeo satisfecho,
porque siento algo en mi pecho
mayor que la tempestad.
Y es el aliento divino
que en medio de la tormenta
se levanta y acrecienta
en el alma del marino.

DIEGO. Por cierto que me gustaba
esa escena grandiosa
en época más dichosa
en que tambien navegaba;
nunca he podido encontrar
sobre la tierra sombría,
la dulce melancolia
que hay en las noches del mar.

CARLOS. Cuando la luna bendita
sobre las aguas retrata
sus anchas cintas de plata
que el mar ondulando agita;
á sus tibios resplandores,
seria un eden la vida
con una mujer querida
para razonar de amores:
pero sólo, sin consuelo,
un suspiro el alma arroja,
y no hallando quien le acoja
se va mi suspiro al cielo.

DIEGO. Suspirar vos, ¿y por qué?

CARLOS. Porque vivo en soledad.

DIEGO. Vamos, decid la verdad:
¿teneis amor?

CARLOS. No lo sé.

Á vos debo la carrera
que de concluir acabo,
y el alma de un pobre esclavo

se levantó de su esfera.
Vuestra experiencia conoce
que llega cierta ocasion
en que nuestro corazon
pide su parte de goce.
De mi marina vivienda
en la inmensa soledad,
siento la necesidad
de un alma que me comprenda,
y la mirada afligida
hácia el amor se dirige,
sin hallar donde se fije
en mi raza envilecida;
en su mísera abyeccion
no hay quien pueda concebir
cierto modo de sentir
hijo de la educacion.

¿Y á qué mujer distinguida
amaré con entusiasmo
que no parezca un sarcasmo?

DIEGO.

Oid, Cárlos: en la vida
hay tropiezos invencibles
para toda criatura;
y nuestra mayor tortura
es desear imposibles.

Hoy fermenta en vuestro pecho
un gérmen de amor fecundo;
capitulad con el mundo,
tomadlo como está hecho:
tras un bien vais desalado
que nunca habeis conocido;
y creedme, el bien perdido
es peor que el bien hallado:
quizá algun dia encontréis
una angelical criatura
á quien dar vuestra ternura:
del porvenir ¿qué sabeis?
para ser afortunado,
para vivir y gozar,
el que nada ha de olvidar
tiene mucho adelantado.

CARLOS. Pero en los más verdes años...

- de nuestra vida en la flor,
el que vive sin amor...
- DIEGO. Se muere sin desengaños.
- CARLOS. Sentencia desesperada
vuestro labio me predice.
- DIEGO. La experiencia es quien lo dice;
yo, Cárlos, no digo nada.

ESCENA III.

DICHOS y ELENA.

- ELENA. ¿Y qué dice la experiencia?
- CARLOS. Que el mortal afortunado
que tiene una Elena al lado,
halla un cielo en la existencia.
- ELENA. Diego, ¿lo crees tú así?
- DIEGO. Quieres tú ¡donosa idea!
que en los ángeles no crea
cuando yo te tengo á tí?
- ELENA. Pues por qué estás triste?
- DIEGO. Elena...
- ELENA. Me tienes muy enfadada;
te fuistes sin decir nada,
y esto me da mucha pena.
¿Estás disgustado, Diego?
- DIEGO. No, querida, no; al contrario,
fué un olvido voluntario.
- ELENA. Que no los tengas te ruego,
porque no quiero que el lazo
de nuestro amor tenga fin:
yo ni aun bajo al jardín
sin ir á darte un abrazo.
- DIEGO. Eso consiste, querida,
en que eres mejor que yo.
- ELENA. Perdona, Diego, eso no,
pero no soy distraída.
- CARLOS. ¡Dios mio, cuánto le adora!
Don Diego, si permitís... (En actitud de irse.)
- ELENA. ¿Carlitos, cuándo partís?
- CARLOS. Dentro de un rato, señora.
- ELENA. Llamadme Elena, pardiez,

no quiero tanto cumplido:

¿acaso vos no habeis sido
mi amigo de la niñez?

Si lo repetís me enfado;
conque tenedlo entendido.

CARLOS. Elena, yo no me olvido
que soy hijo de un criado.

ELENA. Perdonad, Cárlos, si os digo
que acá nadie os ha tratado
como al hijo de un criado,
sino como á nuestro amigo.

CARLOS. Lo sé, Elena, y sentiria
morir sin haceros ver
cuál lo sabe agradecer
y lo aprecia el alma mía.

Si algo teneis que mandar,
partiré en breves instantes.

ELENA. Nada, pero espero que ántes
nos volvais á saludar.

ESCENA IV.

ELENA y DIEGO.

ELENA. ¿Has visto qué gallardía
y apenas le apunta el bozo?

DIEGO. Por cierto que vale el mozo
lo que su padre valia.

ELENA. Á no amarte con la vida,
hoy por la primera vez
te hablára con esquivéz.

DIEGO. ¿De qué te quejas, querida?

ELENA. Cumpleaños de nuestra union
es hoy, y lo has olvidado.

DIEGO. Calla, es verdad, he faltado.

ELENA. Diego, no tienes perdon.

DIEGO. Son los recuerdos mejores
que conserva el alma mía
los de tan hermoso día...
voy á cogerte mis flores.

ELENA. No te incomodes por mí,
que ahora al jardín me bajo.

y te ahorraré el trabajo
cogiéndolas para ti.

ESCENA V.

DIEGO.

(Viéndola salir.)

Y siempre así: de qué rebelde hechura
está formado el corazón humano,
que no pueda pagar esa ternura,
capaz de embellecer una existencia,
con el amor inmenso
que merece esa santa criatura?
¿En dónde está la voluntad que quiere,
que no sabe curar la acerba llaga
de una llama voraz que no se apaga,
de un recuerdo de amor que nunca muere?
Bien se conoce en todo
que formó Dios el corazón de lodo.

ESCENA VI.

DICHO y el PADRE JOSÉ.

P. JOSÉ. ¿Y bien, Diego?

DIEGO. (Tendiéndole la mano.) ¿Sois vos?

P. JOSÉ. ¿Ni en este día,

en que bienandanza mensajero
espléndido de luz, el sol envía
su rayo placentero,

ha de haber una tregua á la tristeza
que nubla vuestra frente?

Esta aurora de amor ¿nada os inspira?

DIEGO. Para el alma doliente que suspira,
es el día y la noche indiferente.

P. JOSÉ. ¿Y siempre ha de durar?

DIEGO. Hace cuatro años

que apuré, padre, del dolor la copa
al dejar con mis solos desengaños
las encantadas playas de la Europa;
vos solo conocéis mi triste historia;

- murió mi corazón desde aquel día,
dejando en mi memoria
un velo de mortal melancolía.
- P. JOSÉ. ¿Conque ni el casto amor de vuestra Elena
ha bastado á menguar en vuestro pecho
la funesta pasión que os encadena?
- DIEGO. ¿Á menguarla decid? Bulle en mi mente,
arde en mi corazón, hierve en mi idea;
ella es quien surca en mi tostada frente,
y quiere Dios que mi martirio sea.
- P. JOSÉ. Callad, callad por Dios: si á los oídos
llegan de vuestra esposa esas palabras,
¡cuántos sueños de amor desvanecidos,
cuánta ilusión perdida
vendrían á amargar de esa criatura
la riente alborada de la vida!
- DIEGO. Harto os lo dije, que era un sacrilegio
ir al altar á coronar de flores
la sien de un ángel que de amor viviendo,
necesita aspirar aura de amores.
- P. JOSÉ. Diego, no destruyais con vuestra pena
la más hermosa acción de vuestra vida:
cuando su padre, el general Villena,
herido mortalmente,
fió á vuestro cuidado
el porvenir de su adorada Elena,
jurásteis ampararla, como honrado.
«Mi hija te ama, os dijo, eres mi amigo;
»si tu cariño y amistad le falta
»no le queda en la tierra más abrigo.»
- DIEGO. Por la misma razón que ella es un ángel,
en cuya frente la inocencia asoma,
no debí darle un corazón marchito
como una flor que evaporó su aroma.
- P. JOSÉ. ¿Y por qué no? El ánima esforzada
que, ahogando sus pesares,
colocó entre ella y la mujer amada
la zanja inmensa de los anchos mares,
¿había de ser débil y encogida
al encontrar un ángel como Elena,
para caer vencida
ante un deber que la moral ordena?

- DIEGO. Pero, sabeis que entónces como ahora
en mí llevaba una mortal herida,
que el alma me devora,
y durará lo que mi triste vida.
- P. JOSÉ. Diego, esos sentimientos de ternura
que dan al alma ensanche
y que honda huella en nuestra vida imprimen,
el cielo no ha querido que los manche
ni los sepulte el lodazal del crimen:
conozco su influencia,
y sé que pasan cual boton de fuego,
que deja un hondo surco en la existencia:
mas sé tambien que en nuestros corazones
hay fuentes mil que no se secan nunca,
y al escuchar el llanto de los hijos,
brota un nuevo raudal si otro se trunca.
Y os lo dije: si cabe un lenitivo
que reanude del vivir los lazos,
sólo le encontrareis sobre la tierra
cuando estrecheis un hijo en vuestros brazos.
- DIEGO. Sí: vos reanimásteis mi esperanza
(Con abatida distraccion.)
mostrándome en lejana perspectiva
una época de olvido y bienandanza
que no espero alcanzar.
- P. JOSÉ. No de esa suerte
aumenteis el sombrío colorido
que en vuestro rostro sin cesar se advierte:
anime ese semblante decaido
la fe que infunde al alma combatida
el sentimiento del deber cumplido.
¿No teneis una esposa que os adora?
Padre, á no ser por vos, más de mil veces
hubiera dado rienda á mi tormento
pidiéndola perdon de mi injusticia,
pues tengo de su amor remordimiento.
- P. JOSÉ. ¿Qué hubieras conseguido?
¿Amargar la ilusion de esa alma bella,
matando sus placeres con decirle
que vuestro corazon no es para ella?
¿Y es este el pago que su amor merece?
- DIEGO. Teneis razon, despues lo sentiria:

sabeis que yo la quiero, y si en el alma
no queda más amor, no es culpa mía.

P. JOSÉ. Bien, Diego, bien; vuestra alma es generosa:
todo infeliz en vos halló consuelo,
y no permita el cielo
que seais sólo injusto con la esposa.

ESCENA VII.

DICHOS, ELENA, que entra con una porcion de flores.

ELENA. No me caben en la mano,
vacío dejé el jardin.
(Al P. José.) Gracias que os vemos al fin;
¿por qué os fuisteis tan temprano?

P. JOSÉ. Hija, tuve que cumplir
una obligacion sagrada.

ELENA. Entónces no he dicho nada:

P. JOSÉ. ¿Qué, me querias reñir?

ELENA. No por cierto: bueno fuera
que en tan placentero dia
á su ayo y á su guia
su discípula riñera!
(Dando las flores á Diego.)
Tómalas.

DIEGO. Gracias, querida.

ELENA. Son el don de mis amores,
ménos bellas que las flores
de tu amor sobre mi vida.

DIEGO. ¡Angelical criatura!

ELENA. (Al P. José.) Vamos, decidme algo vos.

P. JOSÉ. Que la bendicion de Dios
haga eterna tu ventura.

ELENA. Siempre lucirá serena
mi existencia entre los dos,
porque siempre fuisteis vos
el ángel bueno de Elena.
Fuisteis de mi infancia el guia,
formasteis mi corazon
y os debo mi educacion.

P. JOSÉ. Y me envanezco, hija mía.

ELENA. Pobre discípula he sido.

- P. JOSÉ. Sabes lo que has de saber:
la ciencia de la mujer
es amar á su marido.
¿Y Carlos?
- ELENA. Há poco vino;
cuando entrabais, él salía.
- P. JOSÉ. ¿Cuándo parte?
- ELENA. Al medio día.
- DIEGO. Será un bizarro marino,
que honrará al padre José.
- P. JOSÉ. Es muy honrado y cumplido:
tan leal y agradecido
como su padre lo fué.
- DIEGO. Si vieseis cuál se amedrenta
ante el ageno pesar...
- P. JOSÉ. No importa: su alma en la mar
se crece con la tormenta.
Vereis cuál sabrá cumplir
el lleno de su deber:
yo le he enseñado á creer
y el mar le enseña á sufrir.

ESCENA VIII.

DICHOS y CARLOS.

- CARLOS. (Desde la puerta.)
Señores, si dais permiso..
- DIEGO. De vos se está hablando; entrad.
- CARLOS. Dispuesto á hacerme á la vela
me ocurre un estorbo.
- DIEGO. ¿Cuál?
- CARLOS. Que en el lejano horizonte
me parece divisar
un buque de grueso porte,
que á no mentir la señal
á una goleta española
dando viva caza va.
- DIEGO. ¿De veras?
- CARLOS. Dadme el antejo.
(Lo toma y se acercan todos á la ventana.)
(Mirando.) No me engaño, no.

marinería, á las bergas,
pronto el aparejo á izar.

(Se oye un pito que marca la maniobra.)

¡Listo!

DIEGO. Cárlos, en vos fio.

CARLOS. Vereis la que se armará;
¿pero y si pierdo mi buque?

DIEGO. Con tal que vos no os perdais,
haced de su casco astillas,
que buque no os faltará.

ELENA. Cárlos, tened mucho juicio;
por Dios que no os expongais.

CARLOS. Señora, nadie da fondo
sino cuando lo ha de dar:
si está escrita allí mi hora,
lo que haya de ser, será.

DIEGO. Cárlos, yo parto al galope:
si algun buque de guerra hay
de Veracruz en el puerto,
que irá á ayudaros, contad.

ESCENA ÚLTIMA.

Salen juntos un CRIADO, que se dirige á D. Diego, y un MA-
RINO, que se dirige al capitán.

CRIADO. El caballo está ensillado.

MARINO. El buque, zarpando está.

DIEGO. (Alargando la mano á su esposa.)
Adios, Elena.

P. JOSÉ. (Abrazando al capitán.)
Adios, Cárlos.

DIEGO. (Á su Criado.)
Á Veracruz.

CARLOS. (Á su Marino.) Á la mar. (Saliendo ambos.)

P. JOSÉ. (Levantando los ojos al cielo.)
Proteja el cielo al marino.

ELENA. Dios me lo devuelva en paz.

(Se asoma á la ventana para verlos salir, y saludán-
dolos con el pañuelo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, á su doncella; CÁRLOS, que entra despues de la primera redondilla.

ELENA. Bien; á su cuarto tornad
y estad con mucho cuidado;
no os separeis de su lado:
cuando despierte avisad.

CÁRLOS. (Entrando.) ¿Qué novedad os desvela
que estais tan madrugadora?

ELENA. Por cuidar á esa señora
me pasé la noche en vela:
era tan triste su estado
al desembarcar ayer...

CÁRLOS. Es verdad.

ELENA. ¡Pobre mujer,
cuánto debe haber pasado!

CÁRLOS. Por cierto no creí yo
salir tan bien del percance,
porque fué apurado lance.

ELENA. Contadme lo que pasó.

CÁRLOS. Al zarpar ayer mañana,
á las dos horas de viento,
tenia ya á sotavento
la fragata colombiana:
la goletilla española,
de balas acribillada,
se batia encarnizada

casi á tiro de pistola.
Un marino distinguida
que al tope se encaramaba,
y la bandera amarraba
y la zágula rompía.
Bien, dije, bien por España,
sin rendirse se va á hundir
¿Y eso, qué quiere decir?
ELENA. Qué no lo entendais me extraña;
CARLOS. Equivale á contestar:
me bato hasta que me pierda,
porque cortando la cuerda
ya no hay medio de arriar.
Á tan honroso acicate
dejé yo flotar pareja,
del pico de mi cangreja
la bandera de combate,
y como salva de honor
á nuestro español escudo,
dieron juntas un saludo
las seis piezas de estribor.
Para la fragata fué
mi salva poco oportuna,
pues de las seis balas, una
á flor de agua la clavé.
No le hizo gracia la broma,
porque me probó tambien
que conocía muy bien
el juego de daga y toma.
Pues devolviendo cortés
sus saludos á Castilla,
me mandó una peladilla
que me derribó el bauprés.
Bramando vo de coraje
al ver lisiado mi Diego,
le puse la proa ciego
ordenando el abordaje:
del sol la serena luz
en lotananza alumbraba
buque español, que asomaba
del puerto de Veracruz.
La goletilla entre tanto,

hecha trizas la obra muerta,
con sus héroes á cubierta
se iba hundiendo y disparando.
Aha, dije á la fragata,
que ya nos viene resfuerzo,
hacha en mano y un esfuerzo,
y hundimos á ese pirata.
Debiólo de adivinar,
pues dijo: ¿sí? pues me escapo:
y largando todo el trapo
puso la proa á la mar:
seguir la caza queria,
porque alcanzarla contaba;
pero mi intento estorbaba
la fragata que se hundia:
á socorrerla acudí;
sus marinos trasbordé,
y á esa señora encontré
tambien, desmayada allí.
De un general de valor
ser la esposa me han contado,
que iba á Veracruz, nombrado
de nuevo gobernador; y
y parece que en la accion
batallando decidido,
perdió la vida, partido
de una bala de cañon.
El nombre quise saber
del buque batallador:
fué la goleta «Candor,»
salida de Santander.

ELENA. Carlos, cuánto os agradezco
tan bizarro proceder.

CARLOS. Por cumplir con su deber,
señora, no la merezco.

ELENA. Cuando Diego sepa el hecho
su gratitud será inmensa.

CARLOS. Yo tengo ya recompensa
en el placer de mi pecho.
Y esa dama, como está?

ELENA. Me alarmó anoche su estado,
mas su delirio ha cesado

y duerme tranquila ya.

ESCENA II.

DICHOS y la DONCELLA.

- DONC. Señorita...
- ELENA. ¿Quién me llama?
- DONC. Esa dama despertó,
y por más que ruegue yo
se obstina en dejar la cama.
- ELENA. ¡Qué locura! La deten:
si tenerse no podrá.
- CARLOS. Así se distraerá;
señal que se siente bien:
dejad hacer á esa dama,
porque, Elena, en casos tales,
las afecciones morales
no se curan en la cama.
- ELENA. ¿Creeis que sea mejor?
- CARLOS. Yo al ménos la dejaría.
- ELENA. Voy á hacerla compañía. (Vánse.)
- CARLOS. (Mirándola.) Cariñoso ángel de amor,
¿cuánta ternura y encanto
hay en tu casta sonrisa!
¿cuán inocente es tu risa,
cuán puro ha de ser tu llanto!
¡Feliz el mortal que alcanza
vivir en tu corazón,
que es bella hasta la ilusion
de amarte sin esperanza!

ESCENA III.

LOLA, que sale apoyada en el hombro de ELENA.

- ELENA. Bendiga el cielo la anhelada hora
que en la suerte contraria,
me permite mi estrella bienhechora
tenderos una mano hospitalaria.
- LOLA. Gracias sin fin: ¿cómo os llamis?
- ELENA. Elena.

- LOLA. Tras el atroz naufragio,
vuestra mirada de ternura llena,
de la piedad de Dios es el presagio.
- ELENA. Al ménos hallareis un seno amigo,
que en vuestros sinsabores
y en vuestra adversa suerte os preste abrigo.
- LOLA. ¡Estoy tan avezada á sus rigores!...
- ELENA. Sus mercedes en mí, con tanto extremo
el cielo ha prodigado,
que siempre pido á Dios, cual bien supremo
el poder consolar á un desgraciado:
ni un celaje ha turbado de mi vida
el bello azul sereno;
juzgad si debo pues agradecida
partir el cáliz del dolor ageno.
- LOLA. Por mi desgracia, Elena, vuestra mano
que tantos males calma,
su influjo bienhechor probara en vano
para curar la soledad del alma.
- ELENA. ¿Y por qué, amiga mia? si el quebranto
hoy contra vos se afana,
vereis cómo es más dulce vuestro llanto
vertiéndolo en el seno de una hermana.
- LOLA. Alma de ángel teneis,
- ELENA. ¿Creeis, señora,
que no me prodigárais
el bien escaso que os ofrezco ahora,
si en mi lugar y caso os encontrarais?
- LOLA. Procurára imitar con eficacia
sentimientos tan bellos,
mas sé que hay sufrimientos, por desgracia,
que la mano mortal no llega á ellos:
cuando os hayan rasgado, amiga mia,
del mundo los abrojos,
comprendereis, Elena, que hay un dia
en que falta hasta el llanto á vuestros ojos.
- ELENA. Ya lo comprendo, porque á un hombre adoro
con ciega idolatria,
(Con candoroso sentimiento.)
y si Dios me robára este tesoro,
yo creo que el dolor me mataría.
- LOLA. Os engañais: apurariais muda

una existencia amarga
y sentiríais que esa pena aguda
mata despacio, y la agonía es larga.
También á mí me sonrió la vida
con verjel de flores,
brindándome su copa sin medida
el ángel tutelar de mis amores,
y con el corazón embriagado
miraba en lontananza
el sendero mortal todo sembrado
de dulce y melancólica esperanza.
¿No érais feliz entónces?

ELENA.

LOLA.

Mucho, Elena,

pero yo no sabia
que esa corriente límpida y serena
pudiese el mundo envenenarla un día;
en una hora de olvido infortunada,
mi mala estrella quiso
que el corazón de la mujer formada
borrase de la niña el paraíso.

ELENA.

LOLA.

Pero la que bien ama, nunca olvida.

Harto mi mal lo llora:

hubo una fatal época en mi vida,
en que el buen ángel me dejó, señora,
ahogó un momento mi recuerdo santo
la vida bulliciosa;
y al advertir que me ahogaba el llanto...

ELENA.

LOLA.

¿Volveríais en vos?

¡Ay! ya era esposa.

Entónces comprendió el alma afligida
tras tanta pena junta,
que hay dardos que se saltan de la herida
dejando dentro su acerada punta.
Con la mente febril oía atenta
de un hombre la pisada,
que iba á venir á demandarme cuenta
de una existencia entera marchitada.
Del corazón se alzó una voz extraña,
que gritaba potente,
es él, es él, y el corazón no engaña
cuando las horas su mal presente:
llegó por fin en pos de su ventura,

y en su dolor sombrío,
lanzó sólo un acento de amargura
que rasgó como un garfio el pecho mio.
¡Ay! yo le oía hablar cual si me viera
del cielo despedida,
vibrando aquella voz tan placentera
todas las ilusiones de mi vida.
Á su acento de amor se renovaba
la antigua pasión viva,
y á detener en vano me esforzaba
el corazón que á mi pesar se iba.
Iba á partir, era el postrer momento
que en el mundo le hallaba,
y el labio, entre el sollozo y el lamento,
le dijo que sufría y que le amaba.

ELENA.

¿Qué hicisteis?

LOLA.

Confesar lo que sentía

á costa del reposo,
pues cuanto el labio en su pasión decía
lo estaba oyendo el marqués mi esposo.
Ciego, celoso y de furor sediento
salió y le retó á muerte,
queriendo ahogar un triste sentimiento
en la bárbara lucha del más fuerte:
él batallaba porque ver creía
su nombre mancillado,
y el otro con su sangre defendía
á la mujer que le hizo desgraciado:
Dios protegió su brazo y mi inocencia,
y él respetó la vida
del hombre que atentaba á su existencia,
dueño y señor de la mujer querida.
Montero, así mi esposo se llamaba,
al ver tanta hidalguía,
comprendió en aquella alma que luchaba
una grandeza que él no conocía;
y respetando entonces los pesares
de un alma lacerada,
mudo le vió surcar los anchos mares,
para morir muy lejos de su amada.
ELENA. ¡Entonces hallaríais el reposo
tras tanto sufrimiento!

¿Verdad? porque yo creo que al esposo
le debemos tambien el pensamiento;
yo, á lo ménos, que nunca he conocido
más cariño que el suyo,
con mi fe, con mi idea y mi latido,
la dicha que me da le restituyo:
y en languidez de amor, tranquilamente
resbala el tiempo alado,
pensando en él cuando lo lloro ausente,
embebecida en él si está á mi lado:
y por tanta merced inmerecida
ante mi Dios me postro,
yendo despues á reanimar la vida
en la expresion de su moreno rostro.

LOLA. Guardad la santa fe de esa ternura,
Elena; al cielo plegue
que una nube sombría de amargura
nunca á enturbiar vuestro horizonte llegue;
pero si un dia esa mortal batalla
vuestra vida atropella,
vereis que el corazon tiene una valla
contra la cual la voluntad se estrella.
Elena, si en un dia desgraciado,
no culpable, ligera
hubierais vuestra dicha aruinado,
alzando entre los dos una barrera,
y al descender despues á la conciencia,
á examinar el hecho,
vieseis que habeis jugado la existencia
desterrando la paz de vuestro pecho,
¿qué hicierais vos?

ELENA. Hubiera sucumbido
velando mi tormento,
buscando en vano bienhechor olvido.

LOLA. Y volara tras él el pensamiento.
Y cuando luégo á sostener descende
el alma, suspirando,
la ruda lucha en que su honor defiende,
pero en que lo defiende agonizando;
cuando entre los objetos que nos cercan
en vez del placer de ántes,
hay dos labios enfermos que se acercan,

cuyas almas se encuentran muy distantes;
cuando anhelando desahogar la queja,
del alma dolorida,
ansiéis llorar, pero el deber no os deja,
¿comprendeis la tristeza de esta vida?

ELENA.

Me haceis estremecer.

LOLA.

Así he pasado

mi juventud, Elena;
y á costa del dolor, Dios me ha dejado
la frente, al ménos, levantar serena.

ELENA.

¿Y no os amó el marqués?

LOLA.

Vivió sombrío,

y en su dolor profundo,
mostraba la existencia de un vacío
que no podía compensarle el mundo:
ávido de emociones, procuraba
echar de su memoria
el oculto pesar que le aquejaba,
y fijó sus miradas en la gloria;
era un soldado de alma generosa,
y á mí se acercó un día,
diciéndome: doy gracias á mi esposa
de haber guardado intacta la honra mía:
del opulento reino Mejicano
en las lejanas olas
aún, de mil valientes en la mano,
tremolan las enseñas españolas:
no espero ya gozar días serenos,
porque el vivir me hastía,
pero mi triste vida quiero al ménos
darla en provecho de la patria mía:
quizás del campo en el bullicio inquieto
se alejará esta sombra:
Su Magestad, en un real decreto,
gobernador de Veracruz me nombra:
yo parto á aquel país; tan sólo os pido
con favor, postrero,
que como el sufrimiento hemos partido,
dividamos la hacienda de Montero.
Intenté disuadirle de su idea,
pero todo fué en vano;
le empujaba sin duda á la pelea.

de un fatalismo el misterio arcano:
pues bien, le dije yo, ya que no pueda
torcer vuestro camino,
sacro un deber para llenar me queda,
que es dividir, marqués, vuestro destino:
nuestra triste existencia anudó un lazo
de infortunio y de pena:
hasta que llegue de la muerte el plazo,
quiero vivir con vos. «Enhorabuena.
»Hay un buque de guerra en la bahía
»pronto á surcar las olas:
»mañana, Lola, al despuntar el día
»dejaremos las playas españolas.»
Llegábamos con bien á estas regiones,
hasta que el in-urgente
el paso nos cerró con sus cañones,
obligando al combate á nuestra gente.
Ya sabeis lo demas: allí ha caído,
luchando cara á cara,
y allí hubiéramos todos perecido,
si vuestro capitán no nos salvara.

ELENA. Quizás discurra más tranquilo ahora
el tiempo que os espera,
y luzca al fin una serena aurora
tras vuestra nebulosa primavera.

LOLA. ¿Creeis que pueda ser?

ELENA. En nuestra vida,
del tiempo la mudanza
tras de las penas, el placer convida.

LOLA. Si, Elena, sí, abladme de esperanza:
si alienta ese mortal á quien he amado
con ciega idolatría,
ayudadme á creer que no ha olvidado
seis años de infortunio y agonía:
al divisar le costa apetecida,
parecia que el viento
refrescaba mi frente envejecida
con brisas empapadas en su aliento.

ELENA. ¿Sabeis dónde se encuentra?

LOLA. Nada, Elena;

pero hallarle confío.

(Con fe y expansión.)

y si la muerte respetó su pena,
no lo dudeis... su corazón es mío.

ELENA.

Sí, mas no os agiteis.

LOLA.

No temais nada;

dejad buscar salida
á una triste pasión desventurada,
que ha vivido seis años comprimida.

(Se oyen cañonazos.)

¡Ah!... (Con sobresalto.)

ELENA.

¡Qué teneis!

LOLA.

Decid, por qué ha sonado

este fuego horroroso?

(Acercándose á la ventana.)

ELENA.

Es nuestro buque que en la rada anclado
hace salva á la vuelta de mi esposo,

LOLA.

¿No vais á recibirle, amiga mía?

ELENA.

Si fueseis vos tan buena
que me lo permitieseis, bien iría.

LOLA.

(Abrazándola.)

Id á gozar de vuestra dicha, Elena.

ELENA.

Pero sola ¿qué hareis?

LOLA.

Estoy temblando

y he menester reposo:

á mi cuarto me iré.

ELENA.

Vuelvo volando

en cuanto abrace á mi querido esposo.

(Acompaña á Lola hasta la puerta de su cuarto.)

ESCENA IV.

ELENA, tomando la capota.

¡Cuál late el corazón
alborozado en el pecho,
por tanta felicidad
como me depara el cielo!
Me parece oír rumor;
sin duda está cerca Diego.

(Acercándose á la ventana.)

Dios mío, ya está en el patio.

¿Has venido bien?... Me alegro.

Cárlos le cuenta el combate.

Dí que te lo cuente presto;
que quiero darte un abrazo...
¿Bajo?... Pues sube al momento..
Tanto, que parece que hay
un siglo que no te veo.

ESCENA V.

ELENA y DIEGO, que entra con el brazo sobre el hombro de
CÁRLOS.

DIEGO. Muy bien, Carlos, muy bien, vuestra bravura
estrecha más los lazos
de amistosa ternura,
con que al hijo de Juan he distinguido:
¿qué quereis hoy de mí?

CÁRLOS. ¿Yo? vuestros brazos,
si creéis que los haya merecido.

DIEGO. Tomadlos, pues pagáisme con usura
el bien escaso que os brindó mi mano.
(Volviéndose á Elena.)
¿Cómo estás tú, querida?

ELENA. Feliz cual pueda serlo una criatura.

DIEGO. Dios te hizo, Elena, un ángel de ternura
para endulzar los males de la vida.

ELENA. Tenemos una huéspedea. ¡Si vieras
cuán bella y desgraciada!

DIEGO. No puede serlo junto á tí.

ELENA. ¡De veras!

DIEGO. No soy quien lo digo, amiga mía,
que es la comarca entera,
que su consuelo en tus bondades fia.

ELENA. Yo lo aprendí de tí.

DIEGO. (Con mucho cariño.) Anda, y procura
que el rico manantial de tus cuidados
haga ménos cruel su desventura.

ESCENA VI.

DIEGO y CARLOS, que se ha quedado lánguidamente extáticos escuchando á Elena.

DIEGO. (Echándole el brazo en el hombro.)

Cárlos, ¿en qué pensais?

CARLOS. (Volviendo en sí.) En nada.

DIEGO. ¿En nada?

Vamos, abridme el corazon entero,
que en tan bella jornada
nubes en torno de pesar no quiero.
¿Teneis algun oculto sufrimiento?

CARLOS. Es una idea vaga
que absorbiendo constante el pensamiento,
no sé si me atormenta ó si me halaga.

DIEGO. Se me antoja que estais enamorado...

CARLOS. Mucho lo sentiria,
porque ya veis, señor, cuánto perdiera
un sentimiento tierno y delicado
bajo la tinta de la cara mia.

DIEGO. Teneis razon, pues todos comunmente
cuando abrimos el alma á los amores
con nuestro corazon sólo contamos,
sin fijar nuestra mente
en que el delirio aquel que nos aqueja
de un hermoso semblante lo heredamos.

CARLOS. ¿Por qué Dios no nos deja
que cuando, al ménos, por amor penamos
demois siquiera curso á nuestra queja?

DIEGO. ¡Ay, pobre Cárlos, qué espinosa senda
empezais á seguir! No es poca dicha
si podeis encontrar quien os comprenda;
cruzais la edad de goce
en que se entrega el corazon sin dolo:
cuando el primer harpon os lo destroce,
consuéleos el pensar que no estais solo.
¿Veis esa humanidad que se rebulle?
Pues figuraos ver un cementerio
en que, como la huesa al muerto engulle,
cada qual va escondiendo su misterio:

y de su pena y de su afán cargado,
va siguiendo adelante,
llevando su misterio sepultado
en su nicho ambulante.

Un misterio de lágrimas que aterra,
que sólo Dios al distinguirlo alcanza,
y en urna santa de recuerdos cierra
la marchitada flor de la esperanza.

Si pudiese leerse en lo más hondo,
donde la hiel su líquido acibara,
en cada corazón vierais un fondo
más negro que el color de vuestra cara.

CARLOS. Entónces es mentida
la esperanza feliz que nos diseña
como un vergel de flores nuestra vida.

DIEGO. Si así lo es, gozad de ese paisaje
contemplando las hojas purpurinas;
mas no metáis la mano en el ramaje,
porque os van á hacer sangre las espinas.

CARLOS. ¿Qué saca, pues, del mundo aquel que no ama?

DIEGO. Muchas veces me he hecho esa pregunta.

CARLOS. Se me antoja, don Diego, que esta llama
es cuanto tiene de placer la vida;
pues cuanta gloria á nuestro esfuerzo junta,
es para darla á la mujer querida.

DIEGO. Desear y esperar, esa es la herencia
que nuestras madres al nacer nos legan,
y nutrir de ilusiones la existencia,
que nunca acaso á realizarse llegan.

Aquel que un puro amor siente y concibe
dentro su corazón, tiene un aroma
que sólo el que lo tiene lo percibe,
que el ser dilata, que el dolor amengua;
y al quererle dar forma la palabra,
no sabe traducirlo nuestra lengua:

no lo fijéis en nadie, os lo aconsejo,
porque castiga Dios con mano dura
al que gasta el aroma de su vida
en el profano amor de una criatura.

CARLOS. ¿Y vos me aconsejais de esa manera?
¿vos, que cruzais el mundo venturoso
en florida y perpétua primavera?

DIEGO. Por la misma razon que soy dichoso,
no puedo hablar mejor de la materia
y desmentir aquel refran que dice,
cómo habla cada uno de la feria:
escuchad: si el objeto á quien dais culto
en lugar del amor, el oro fuera,
¿pondriais vuestros fondos en las manos
de un comerciante que quebrar pudiera?
¿Verdad que no lo hariais? Pues entónces,
¿por qué vais imprudente
á arriesgar la ilusion de vuestra vida,
dejándola pendiente
del corazon de la mujer querida?
Vos me dareis sin duda
una sola respuesta que os abona,
que cuando uno ama, la razon es muda,
y con el corazon no se razona:
tambien eso es verdad; mas si aún es tiempo,
guardad intacta esa ilusion hermosa
que surge á embellecer vuestra existencia:
guardad esa esperanza venturosa
que en vos se ha despertado,
adorando en la idea, en la creencia,
pero no en la mujer que os lo ha inspirado;
porque ese vago anhelo, esa esperanza,
que sin duda crear el cielo quiso
para alentar nuestra mortal miseria,
es una bella flor del paraíso,
que muere al acercarse á la materia:
¿pensais que es poca dicha la que os presta
ese bello ideal en la memoria,
y tener siempre el alma predisuelta
á los bellos arranques de la gloria?
Dad á vuestra ilusion el parecido,
el tierno sentimiento
y la lánguida faz de vuestra amada:
mas no le deis su vida ni su aliento,
si quereis conservarla inmaculada:
porque al vivir en vos, vive robusta
sin ser más que una hebra:
si una mujer la guarda entre sus manos
un día ú otro sin pensar la quiebra.

CARLOS. Pero así no se alcanza
un día de placer en nuestra vida.

DIEGO. (Con intencion.)
Más vale que murais con esperanza
que el que vivais y la lloreis perdida;
idos, si no, decid á una criatura,
yo cuajo el ser y el pensamiento mio
y absorto de mi vida la ternura,
y todo junto á tu pasion lo fio:
desde este instante habreis enagenado
la dicha y el placer de vuestra vida,
porque amanece un día desgraciado
en que ama el hombre y la mujer olvida.

CARLOS. Pero entónces, don Diego,
á mi vez á la ingrata olvidaría.

DIEGO. ¿Creeis que el hombre que ha quedado ciego
llegue á olvidar jamás la luz del día?
No olvida, Cárlos; la recuerda triste,
y en funesta oscuridad sumido,
mirando atrás, el alma se resiste
á renunciar un bien que se ha perdido,
y á medida que avance nuestra planta
(En este momento aparece en la puerta el P. José.)
cabe el fin de la fúnebre existencia
sentireis que implacable se levanta
la cruel necesidad de su presencia:
constante en la memoria
os seguirá este amor hasta la muerte
como un sueño de perdida gloria,
como sigue la sombra al cuerpo inerte,
y en el alma dormido,
al más ligero son que le despierte,
se levanta encarnado en el latido;
y arrastrando la vida á tropezones
y consumido por la ardiente llama
en la melancolía,
preguntareis al cielo cada día:
¿dónde está el desenlace de este drama?

ESCENA VII.

DICHOS y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Tomándole la mano.)

En otra parte, en donde la ventura
cifrada en otro objeto, no depende
de la fragilidad de una criatura.

DIEGO. Bendito, padre, vuestro suave acento,
que sostiene la planta vacilante
de un cansado mortal, falto de aliento.

(Se abisma en un sillón, apoyando la cabeza en la mano.)

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho? ¿qué mudanza
¿En esta santa y plácida morada [es esa?
también el infortunio deja impresa
la salvaje señal de su pisada?

¡Ay! pobre ilusión mía:
vive en mi corazón inmaculada,
y embriagado en tu mística dulzura
yo te guardaré pura
en el seno del alma sepultada.

P. JOSÉ. Carlos.

CARLOS. ¿Qué me queréis?

P. JOSÉ. Elena os llama
para que deis el brazo
por los jardines á esa hermosa dama.

ESCENA VIII.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Acercándose cariñosamente á Diego.)

Dominad ese trastorno
que agita vuestras pasiones,
y escuchad las bendiciones
que se alzan de vos en torno.

¿No veis que vuestro dolor
puede llenar de amargura
el alma de esa criatura
que vive de vuestro amor?

- DIEGO. Teneis razon, padre mio:
cuando en recuerdos me pierdo,
encuentro algo en el recuerdo
que domina mi albedrío.
- P. JOSÉ. Olvidad lo que pasó:
no veis que es ya una quimera?
- DIEGO. ¡Olvidad! ¿qué más quisiera
que poder olvidar yo?
- P. JOSÉ. ¿No veis vos que de esa suerte
enconais más vuestra herida?
- DIEGO. Esa mujer fué mi vida
y será tambien mi muerte.
- P. JOSÉ. Diego, me enfado de veras
si dais en esos extremos.
- DIEGO. Teneis razon, padre: hablemos
de cosas más lisonjeras.
Decidme: ¿habeis ido á ver
á los náufragos?
- P. JOSÉ. He ido,
y á todos he socorrido,
cual me mandasteis hacer:
todos vierten sobre vos
un colmo de bendiciones:
creed, Diego, que esos dones
son los más gratos á Dios;
hay una noble señora
que en el combate horroroso
vió sucumbir á su esposo:
con ella está Elena ahora.
- DIEGO. Me lo ha contado al llegar.
¿Es española?
- P. JOSÉ. Sí tal,
y esposa de un general
que venia aqui á mandar:
se queda en el mundo sola.
- DIEGO. Uno más en la familia.
- P. JOSÉ. ¡Qué pronto el bien se concilia!
- DIEGO. ¿Y cómo se llama?
- P. JOSÉ. Lola.
- DIEGO. (Estremecido.) ¿Qué decis?
- P. JOSÉ. ¡Qué agitacion!
Se llama Lola os repito.

DIEGO. Ahora te necesito,
no me ahogues, corazón.

P. JOSÉ. ¿Será posible quizá
que fuese...

DIEGO. ¡Ah... si el destino
la trajese á mi camino...
Pronto, padre, ¿dónde está?

ESCENA XI.

Entran por la puerta del jardín LOLA, lánguidamente apoyada
en el brazo de CÁRLOS, y á su lado ELENA.

P. JOSÉ. La teneis á vuestra vista.

DIEGO. (Lanzándose á ella con toda la efusion de su alma.)
¡Lola, Lola!

LOLA. (Al verle y al oír su voz lanza un grito agudo y cae
sin sentido en los brazos de Carlos.)

¡Ay!

ELENA. (Azorada, yendo á arrojarle en los brazos del P. José.)
¡Virgen pura!
era un sueño mi ventura.

CÁRLOS. (Estupefacto.) ¿Qué es esto?

P. JOSÉ. (Recibiendo á Elena en sus brazos y levantando los
ojos al cielo.)

¡Dios nos asista!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Al levantarse el telon aparece Elena sentada en el sillón de la derecha melancólica y pensativa; Cárlos entrará respetuosamente hasta encontrarse cerca de ella.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y ELENA.

- CARLOS. Estais pálida, abatida;
decid, ¿qué teneis, Elena?
- ELENA. Cárlos, no sabeis la pena
que es querer sin ser querida.
- CARLOS. (Melancólico.) En efecto ha de ser grave.
- ELENA. Cárlos, estos sufrimientos
encierran hondos tormentos
que el hombre de mar no sabe:
no ameis nunca, os lo aconsejo,
por las espinas que piso.
- CARLOS. Si amor me pide permiso,
aprovecharé el consejo.
- ELENA. ¿Quién dijera, Dios eterno,
que el breve plazo de un día
á arrojarme bastaria
del paraiso al infierno!
- CARLOS. Lo diria el que indeciso
(Con violencia y concentracion.)
ahogando su amor interno

se quedara en el infierno
sin ver nunca el paraíso:
y lo diría cualquiera
que en el sufrimiento agudo
devorar el dolor mudo
como un mártir en la hoguera.

ELENA. Cárlos, esa voz no cabe (Con viveza.)
sino en un hombre que ha amado.

CARLOS. (Procurando reponerse.)
No, Elena; ese es un tinglado
que el hombre de mar no sabe.

ELENA. Sufro mucho; dadme ayuda.

CARLOS. (Enternecido.) Elena, estais en error.
Don Diego es mi bienhechor
y os ama, no tengais duda.

ELENA. No, Cárlos; la dicha mía
ha muerto con su pasión.

CARLOS. Señora, en su corazón
no cabe una villanía:
mas si del dolor al peso
resistir no os fuese dado,
en mí tendreis... un criado;
no sirvo más que para eso.

ELENA. (Ap.) ¡Pobre Cárlos, cuán sincera
su manera es de sentir!

CARLOS. Elena, voy á partir,
porque ya la mar me espera:
mañana larga distancia
nos separará á los dos:
¿querreis acordaros vos
del amigo de la infancia?
Cuanto en mi corazón cabe
en tres objetos se encierra;
mis afectos en la tierra
sois vos, don Diego y mi nave,
mi suerte será siniestra
si sé que sois desgraciada;
mas si sois afortunada
mi dicha será la vuestra.

ELENA. Ah! Cárlos, mis sufrimientos
hallan en vos un sosten.
El cielo os devuelva el bien

que me hacen vuestros acentos.

CARLOS. Adios, señorita.

ELENA. Adios,
criatura generosa.

CARLOS. Dios protegerá á la esposa.

ELENA. Sólo puede hacerlo Dios.

(Carlos se va por la puerta del fondo y Elena por la primera de la derecha.)

ESCENA II.

D. DIEGO, sube pensativo del jardín y se para frente de la puerta de Lola, que es la segunda de la derecha.

¡Ella es libre! cuando Elena
está de los dos en medio:
¡libre! cuando no hay remedio
de romper esta cadena.

Libre y no me queda ahora
ni dónde exhalar mi queja...
yo creo que Dios me deja
de su mano bienhechora.

No puedo vivir así,
es demasiado penar
tenerse que dominar
cuando un infierno hay aquí.

Termine este afán tan fiero:
suceda lo que suceda,
huyamos adonde pueda
decir siquiera, me muero.

(Se sienta á escribir.)

(Escribiendo.) No puedo hacerte feliz,
Elena mía...

(Se para, tira la pluma, y rasga el papel.)

Eso fuera
tener el corazón de fiera:
harto sufre la infeliz.

¿Y en dónde encontrar abrigo
en tan agudo tormento,
que amor y remordimiento
no vayan juntos conmigo?
Imposible; no hay valor

para huir indiferente
de un ángel, que solamente
se sostiene de mi amor.
Ella viene; me precisa
dominar mi agitacion:
mientras muere el corazon
busquemos una sonrisa.

ESCENA III.

DIEGO y ELENA , que sale de su habitacion lloro a.

- DIEGO. ¿Por qué lloras tú, mi bella?
ELENA. Porque en tu faz se retrata
una pena que te mata,
y yo soy la causa de ella.
DIEGO. (¡Pobre criatura!) ¿Qué pena
me puedes tú acarrear
si para sufrir y amar
eres un ángel, Elena?
ELENA. Diego, la mujer que siente
una pasion concentrada,
cuando fija la mirada
ve el corazon trasparente.
DIEGO. ¿Qué ves?
ELENA. Una cicatriz
que vuelve á abrirse.
DIEGO. (¡Qué escucho!)
ELENA. Y veo que sufres mucho,
y que yo te hago infeliz.
DIEGO. (Turbado y disimulando.)
No tal: ¿qué quieres que yo haga
para disipar tu error?
ELENA. Que me devuelvas tu amor,
único bien que me halaga:
(Con candor y pasion.)
tengo tu fe en los altares:
si comprendes lo que te amo,
por compasion te reclamo
la mitad de tus pesares:
cuando tengas de alegrías
dulces horas placenteras,

- pártelas con quien tú quieras,
más tus lágrimas son mias.
- DIEGO. (¡Dios mio!) Quizá obré mal
cuando te hice mi esposa
en no decirte una cosa
que es mi tormento mortal.
En mi juventud, querida,
en España viví yo,
y esta mujer absorbió
toda la flor de mi vida:
la amé con tal frenesí
que la adoraba de hinojos;
no viertan llanto tus ojos,
no te conocía á tí;
este mundo ruin, de lodo,
debió ser para los dos
un paraíso, más Dios
lo dispuso de otro modo.
Una ausencia dilatada
tres años me tuvo aquí,
y cuando á Europa volví
ella ya estaba casada:
Entónces comprendí lo que era
esta palabra *jamás*,
y para no verla más
puse la mar por barrera.
Mas como no está el destino
sácio aún de mi congoja,
hoy el infierno la arroja
en mitad de mi camino.
- ELENA. No es ella por quien me asalta
este llanto en que me anego:
lo que á mí mata es, Diego,
tu corazón que me falta.
- DIEGO. En el sentir y el amar,
y eso, Elena, no te asombre,
hay un misterio que el hombre
nunca acertará á explicar.
Dentro de su corazón
siente cada uno en sí mismo
la fuerza de un fatalismo
que lucha con la razón:

es como una enfermedad
que nuestro cuerpo atropella,
que para librarnos de ella
nos basta la voluntad:
para recobrar la calma
pediré á tu amor ayuda,
y él disipará sin duda
esta enfermedad del alma.
Respetá, pues, mis pesares
con la fe en el corazón,
y á ella... téñla compasión,
también ha llorado á mares.

- ELENA. Yo ceso de padecer
si oigo tu voz cariñosa.
DIEGO. Bien. Hablemos de otra cosa;
¿cómo sigue esa mujer?
ELENA. La dejé ya levantada.

ESCENA IV.

DICHOS y el DOCTOR.

- ELENA. Pero aquí sale el Doctor,
que nos lo dirá mejor.
¿Cómo está?
DOCTOR. Muy mejorada;
pero ha menester reposo;
pues su estado es delicado,
y se halla muy excitado
todo el sistema nervioso.
ELENA. Pero ese acceso de fiebre
que le da en horas constantes...
DOCTOR. Á merced de los calmantes
procuraremos que quiebre.
Ese delirio, esos sustos
que extravían su razón,
restos todavía son
de los pasados disgustos;
cuando cese el frenesí
de ese diurno accidente,
será quizás conducente
el alejarla de aquí.

Mas durante la accesion,
cuidad con mucha blandura
que ni una palabra dura
hiera su imaginacion:
por Dios, nada de rigor,
mientras exceso no sea,
no contrarieis su idea.

ELENA. ¿Y si da en llorar?

DOCTOR. Mejor.

Para curar su dolencia
es necesario.

DIEGO. ¿Qué escucho?

DOCTOR. (Bajo á D. Diego.)

(Don Diego, conviene mucho
que evite vuestra presencia.)

Si pudierais alejarla,
fuera lo más acertado;
no le conviene en su estado
nada que puede excitarla.

ELENA. Si, pero yo no podré
permitir que tal cual se halla...

DOCTOR. Descuidad, de esa batalla
cuidará el padre José,
que él sabe mejor que yo
cómo se ha de gobernar;
conque así, dejadle obrar.

DIEGO. (Ap.) Voy á perderla... eso no.

DOCTOR. Con vuestro permiso, pues,
veré á los demas ahora.

ELENA. Cuidadles mucho.

DOCTOR. Señora,
así lo haré: á vuestros piés. (Vásc.)

ESCENA V.

DIEGO y ELENA. Elena, acercándose á Diego, que ha quedado
profundamente abismado en el sillón.

ELENA. Diego, te abruma un pesar
y has menester un amigo:
¿por qué no lloras conmigo?

DIEGO. (Friamente.) Porque... no puedo llorar.

ELENA. (Ap.) ¡Dios mío! ¿qué he hecho yo para castigarme así?

ESCENA VI.

DICHOS y el P. JOSÉ, que sale apresuradamente del cuarto de Lola.

P. JOSÉ. Pronto, pronto idos de aquí.

DIEGO. ¿Qué ocurre?

P. JOSÉ. El delirio entró con tal fuerza, que aunque luchó para dominar su estado, temo no me sea dado poderlo alcanzar.

DIEGO. ¡Qué escucho!

P. JOSÉ. Abrasada su frente arde por la voraz calentura; me horroriza su locura.

ELENA. (Azorada.) Vámonos, Diego.

P. JOSÉ. Ya es tarde.

ESCENA VII.

DICHOS y LOLA, que en estado completo de enagenación se precipita á Diego, como si estuviese perseguida por una visión.

LOLA. Ampárame por Dios. ¡Ay! te buscaba, no te separes de la vista mía, pues se me figuraba que la sombra del muerto me seguía. (Fijando los ojos en la dirección por donde ha venido.)
Mírale, hácia aquí su planta mueve; (Con desesperación.)
dí que ser tuya solamente puedo: le ves... á aproximarse no se atreve... se va... te tiene miedo. (Pasando sus manos por la frente.)
(Con fatiga.) Qué congojosas son estas visiones! no sé por qué van á turbar los lazos

de dos enamorados corazones...

¡Diego, qué inmensa dicha hay en tus brazos!

(Mirándole atentamente con cariño.)

¿Qué tienes? tu semblante está sombrío...

destierra esa tristeza, que me dañas;

no sabes, Diego mio,

que tú eres el amor de mis entrañas?

(Bajo.) No te separes nunca de tu Lola.

Esa turba de espíritus que vuelan

cuando me encuentran sola,

me cuentan unas cosas que me hielan.

(Con tierna melancolía.)

Des que dejó mi cama abandonada

de mi padre la sombra bienhechora,

siempre esconden debajo la almohada

alguna pesadilla aterradora.

Al ver que lloro de congoja llena,

estremecen mi cuerpo y mis sentidos,

tirando un cañouazo que resuena

como un eco de muerte en mis oídos.

(Con vaguedad.)

Y se van al jardín, tronchan la flores

que había yo dejado preparadas

para corona virginal de amores,

y dejan... rosas blancas marchitadas...

(Con amargura.)

La rosa blanca es una flor tan triste,

hay en su palidez tanta amargura,

que la mano á tocarla se resiste;

me parece una flor de sepultura,

y luégo fingen una voz doliente

que viene á fatigarme la memoria,

(Procurando recordar.)

escribiendo en mi frente

de... yo no sé qué naufrago la historia.

(Como recordando de repente.)

Ya me acuerdo: de un alma enamorada

que ántes de hundirse en las amargas olas,

volvía cariñosa la mirada

á las risueñas playas españolas.

(Parando la atención.)

¿Oyes, Diego, esa voz tan candorosa?

es la esperanza que en acento suave
promete convertirme en mariposa
para seguir el rumbo de una nave.
De todas las visiones, sólo esa
no viene á henchirme de terror el pecho.

(Con cariñosa candidez.)

¿Crees tú que me cumpla su promesa?
¿verdad que si me engaña está mal hecho?
porque á veces me empuja un torbellino

(En creciente desórden.)

y me hace andar, sin ver que estoy causadá,
y si pido reposo en el camino
me dice que hasta fin de la jornada:
y cruzamos un valle pedregoso
y arenales tostados por el fuego,
y al fin me dice que hallaré reposo,

(Con fatiga.)

y camino... y camino... y nunca llego.
Crucé una inmensa tierra, en que las flores
en lugar de rocío tienen llanto:

¡cuántos son del mundo los dolores!
nunca creí que se llorara tanto.

(Diego seca una lágrima que se le cae.)

¿Me vas á hacer llorar tambien ahora?
¿qué oculto afán tu corazón esconde?

(Repara en Elena y coge la mano de Diego.)

Ves, Diego, allí hay otra mujer que llora;
¿quién es? la he visto y no recuerdo dónde.

(Llamándola.)

Venid: (Á Diego.) llámala tú, vacila... vamos,
se figura quizás que tengo celos;

(Con melancólica sonrisa.)

no sabe que nosotros nos amamos
con el amor tranquilo de los cielos.

(Mirando á Elena.)

¡Qué semblante tan lánguido y tan tierno!
parece un ángel que al Señor invoca.

(Acercándose á Elena.)

Venid; (Al acercarse Elena va retrocediendo Lola
despavorida, frotándose su frente con desesperacion.)

es... es...

(Dando un grito agudo.) ¡Elena, Dios eterno,

(Con desesperacion.)

¡no quiero la razon! vol... ved... me loca.

(Cae sin sentido en brazos del P. José, que la sienta en el sillón contiguo á la mesa de la derecha.)

P. JOSÉ. (Cogiendo á Diego y á Elena.)

Idos por Dios, idos presto;
ántes que vuelva ella en sí;
fiad su reposo en mí:
la religion hará el resto.

ESCENA VII.

EL P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Dios mio, haz que en mí se note
de tu apóstol la eficacia,
y no retires tu gracia
del labio del sacerdote.

(Toma la Biblia, que deja abierta en la mesa al lado de Lola: coge un pomo de esencia, y al dar señal de volver en sí, se retira tres pasos detrás del sillón. Lola abatida pasa la mano por la frente, sin ver á nadie á su alrededor.)

LOLA.

Lazada de amor estrecha,
bella esperanza soñada,
como una arista trouchada,
como una nube deshecha,
¿por qué en la tierra desierta
me dejas llorar cautiva?
¿quién sostendrá el alma viva,
si está la esperanza muerta?

(Al ir á dejar caer la cabeza sobre la mesa repara en el libro abierto, y cogiéndole maquinalmente, lee.)

«En sus quebrantos acuda
»el alma justa al Señor;
»él infundará valor,
»su aliento le dará ayuda.
»El soberbio, satisfecho
»con la soberbia en que vive,
»recuerda el mal que recibe
»y olvida el mal que él ha hecho.»

(Suelta el libro conmovida y levantando los ojos al cielo.)

Dios mio, justo es tu azote,
el castigo merecí.

¿Quién pondría el libro aquí?

P. JOSÉ. (Avanzando.) Este humilde sacerdote.

LOLA. Grandes verdades revela.

P. JOSÉ. Por cualquier parte que se abra
se encuentra en cada palabra
algo grande que consuela.

LOLA. ¡Consuelo! no le hay aquí
sin esperanza en mañana.

P. JOSÉ. Señora, un alma cristiana
nunca debe hablar así:
si de Dios en la balanza
vuestra alma no está en el fiel,
levantad los ojos á él,
y no os faltará esperanza.
Veamos: cuando abrumada
os encontrais de sufrir,
¿en qué pensais?

LOLA. En morir.

P. JOSÉ. ¿Y que veis en torno?

LOLA. Nada.

P. JOSÉ. Vuestro lenguaje me enseña
que Diego os conoce mal,
os cree un alma colosal
y en la lucha sois pequeña.

LOLA. (Herida.) Padre, si con un compás
se midieran los tormentos,
conocierais sufrimientos
que no comprendéis quizá.

P. JOSÉ. Hija, no teneis razon:
no quiera el egoismo aleve
que de mis canas la nieve
baje nunca al corazon;
setenta años de existencia
consolando á mis hermanos,
en los tormentos humanos
me han dado alguna experiencia:
y cuando Dios me depara
una herida cual la vuestra

pongo otra herida por muestra,
y digo: mira y compara.

LOLA. Si mi herida comprendeis,
decidme, ¿hay quien lo resista?

P. JOSÉ. Si: teneis otra á la vista,
y no obstante no la veis.

Un virtuoso corazón
dentro de esta casa mora,
que no ha sentido, señora,
más que una sola pasión:
jamás á Dios ha pedido
bienes de fortuna, ni oro;
no ha anhelado más tesoro
que el amor de su marido;
é impelida siempre al bien
por un pecho puro y santo,
nunca ha visto correr llanto
sin que llorara también.

Sucedió que una mañana
acogió á una mujer bella,
que encontró en los brazos de ella
todo el amor de una hermana:

y al fijar la vista en vos
sin cuidar su bienestar,
exclamó: la he de amparar,
lo manda la ley de Dios.

Pues bien, des que aquella dama
pisó esta casa, señora,
la infeliz esposa llora,
porque su esposo no la ama;
y si hoy él solo es adusto
é indiferente á su amor,
es que le falta valor
para ser del todo injusto.

Otra cualquiera criatura
ménos angelical que ella,
maldeciría su estrella
y á quien causa su ternura;
pero la infeliz solloza,
y el propio dolor venciendo,
se vuelve á su Dios, lamiendo
la mano que la destroza:

porque hay allí un corazón
creyente que espera y ruega,
y lo que el mundo le niega
lo busca en la religion.

LOLA. (Anonadada.)

Ruégoos que de cualquier modo
pronto de aquí me saqueis.

P. JOSÉ. ¿Y lo que os diga, lo hareis?

LOLA. Menos olvidarle, todo.

P. JOSÉ. ¿Y por qué olvidarle no?

LOLA. Porque lo ofreceria en vano;
ved que eso no está en mi mano,
mi amor puede más que yo.

P. JOSÉ. Lola, para remediar
el mal, os debéis volver
á Europa.

LOLA. (Desfallecida.) No puede ser,
me moriria en el mar.

(Con expresion.)

Tengo el alma desgarrada,
mi amargo llanto no veis?

(Llora.) ¡por piedad, no me obligueis
á morir desesperada!

P. JOSÉ. Desventurada criatura,
¿cuál es, pues, vuestra intencion?

LOLA. (Con ansiedad.) Buscar cualquiera rincon
donde encuentre sepultura:
llevadme pronto, en seguida,
á un claustro, padre, á un desierto
donde sepais que hallen puerto
las borrascas de mi vida.

P. JOSÉ. (Atónito.) ¿Y tendreis resolucion?

LOLA. (Con entereza.)

Irrevocable, os lo juro.

P. JOSÉ. Ved que este paso es muy duro.

LOLA. Dios me dará el galardón;
y al ménos allí el Señor
ampará mi orfandad,
y encontraré su piedad
cuando me mate el dolor.

P. JOSÉ. (Enternecido.)

Confíad en él, señora,

que en su precepto sagrado
dice: bienaventurado
aquel que en la tierra llora:
su santa gracia os inspira,
él sostendrá vuestra fe.

LOLA. (Ap. y con desfallecida resignacion.)
Y al ménos respiraré
el mismo aire que él respira.

P. JOSÉ. Partamos, hija, los dos;
la paz de Dios mereceis.

LOLA. ¿Y á salir me obligareis
sin darle el último adios?

P. JOSÉ. ¿Para qué, hija? Si sincera
es vuestra resolucion,
vais á aumentar su afliccion.

LOLA. Será por la vez postrera.
No temais que por la boca
salga el fuego de esta pira;
el amor que ese hombre inspira
engrandece cuanto toca.

(Váse el P. José por la puerta de la izquierda por
donde se ha ido Diego.)

ESCENA VIII.

LOLA sola.

Valor, corazon, valor,
que tu rumbo no se tuerza;
salga un exceso de fuerza
del exceso del dolor.

ESCENA IX.

LOLA y DIEGO, pálido, como un hombre gastado per el sufrimiento.

LOLA. (Fijando la vista en Diego, y procurando dominar su propia emocion con cariñosa languidez.)
Diego, yo os hice llamar
porque... me alejo de vos;
el buen ministro de Dios

- guía mi planta al altar.
- DIEGO. (Con nerviosa energía.)
¿Y podreis dejarme así?
- LOLA. No estorbeis esa partida;
ved que no hay otra salida
digna de vos y de mí.
- DIEGO. (Con doloroso escepticismo.)
Nuestras almas peregrinas
que el amor había unido,
Lola, ¿qué habrá recogido?
- LOLA. Nada; nada más que espinas.
Desgarradora es la senda;
pero en la tribulacion
dando á Dios mi corazon
será digna de él la ofrenda.
(Con afectuosa expresion.)
Y hasta que en el ataud
hunda mi cuerpo el dolor,
yo os conservaré este amor
digno de vuestra virtud.
- DIEGO. (Con desesperada sonrisa.)
Callad: mi virtud es vana,
porque vacila mi fe,
y ya ni yo mismo sé
qué será de mí mañana.
Ay, Lola, me vuelvo loco, (Con pasion.)
y en esta lucha homicida
dejo á pedazos la vida.
- LOLA. Valor, que ya falta poco.
Apuremos como buenos
esta senda de tortura,
ya que no sin amargura,
sin remordimiento al ménos.
(Breve pausa.)
Lancemos, Diego, la postrer mirada
sobre el verjel de la pasada vida,
pues podemos aún immaculada
alzar la frente al cielo en la partida;
de hiel, lágrimas tristes hoy derrama
el alma dolorida y sin consuelo;
sólo uno queda, y es que nuestra llama
fué digna de los ángeles del cielo.

Valor, que al cabo la jornada es breve.

(Llorando.)

En la bondad de Dios, Diego, esperemos;
y aunque hoy en ambos el dolor se cebe,
al fin de la jornada nos veremos.

(Diego se seca las lágrimas y Lola las suyas.)

¿Vendrá aquí Elena si la llamo ahora?

DIEGO. Nunca á su corazon se llama en vano:

(Acercándose á la puerta.)

Elena, ven.

ESCENA X.

DICHOS, ELENA y el P. JOSÉ.

ELENA. ¿Qué quieres?

DIEGO. La señora

quiere el consuelo de estrechar tu mano.

LOLA. (Dirigiéndose á Elena.)

Deseaba pedirós un abrazo.

(Diego se deja caer en el sillón de la derecha. Con explosion de llanto.)

¿Quereis dármele, Elena?

ELENA. (Fijándose en la sufrida cara de Lola, y con cándida expansion.)

Á Dios pluguiera

que cual es de cariño estrecho lazo,

de dicha para vos bálsamo fuera.

(La abraza y besa.)

LOLA. ¿Me otorgará una gracia vuestro pecho?

ELENA. ¿Qué quereis?

LOLA. Prometedme; hermana mia,

ser la postrera amiga de mi lecho

cuando llegue mi hora de agonía.

ELENA. ¿Y si en el triste caminal de abrojos

me alcanza ántes que á vos la hora postrera?

LOLA. No; que aún verán serenos vuestros ojos

lozana renacer la primavera.

¿Venir me asegurais?

ELENA. Os lo aseguro.

LOLA. Me moriría triste y solitaria,
y en vuestro llanto hay un dolor tan puro.

que si mi fe vacila en la plegaria,
vuestra virtud me servirá de ejemplo.

P. JOSÉ. (Cogiéndola enternecido.)

Vamos, hermana, á recobrar la calma:
bajo la santa bóveda del templo,
pediremos á Dios la paz del alma.

(Váse Lola lentamente, apoyada en él, enjugando sus lágrimas; Diego la sigue con los ojos, debiendo procurarse que ántes de llegar á la puerta haya lugar para los tres siguientes versos de Elena.)

ELENA. (Mirando á Lola.)

En los rudos embates del destino
la mano del Señor calme tu pena
y borde de azucenas tu camino.

(Al llegar Lola á la puerta de la salida, se quita el pañuelo de los ojos para mirar lánguidamente á Diego, y desaparece. Al recibir Diego esa mirada, se levanta desencajado del sillón, y al advertirlo Elena, se precipita á él sujetándolo en sus brazos.)

Diego, Diego, por Dios.

(El primer movimiento de Diego es para desasirse de cuanto le sujeta, pero al fijar los ojos en la sufrida fisonomía de Elena, vuelve á caer aplomado en el sillón con la vista vaga y la voz apagada.)

DIEGO.

No es nada, Elena.

(Elena alza los ojos al cielo y se echa á llorar.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

Humilde celda de una monja: alcoba con las cortinas caídas; reclinatorio con libros; puerta de salida á la izquierda, etc. Al levantarse el telon estará la comunidad arrodillada orando con el libro en la mano.

ESCENA PRIMERA.

Se levanta la ABADESA, y las monjas la rodean.

ABADESA. Hermanas mías, de virtud modelo
va al fin á consignir dias mejores,
á Dios tendiendo su sereno vuelo,
Sor María Dolores.
El alma ya luchando se despega
del frio engaste del carnal ropaje,
el peregrino fatigado llega
al fin de su viaje.
Roguemos, pues, que en sus postreras horas
para alcanzar el cielo que la aguarda,
la ampare con sus alas protectoras
el Ángel de la Guarda.
La santa antorcha de la fe cristiana
alumbre su alma en su postrera vía;
y mientras va doblando la campana

el toque de agonía,
vamos al templo á alzar la pura ofrenda
del alma recogida y solitaria,
y envuelta en el incienso á Dios ascienda
la voz de la plegaria.

ESCENA III.

El P. JOSÉ y el DOCTOR, saliendo de la alcoba.

P. JOSÉ. Si pudiese hallarse medio
de calmar su agitacion!

DOCTOR. Lesiones del corazon,
padre, no tienen remedio.
Su agonía será corta,
pues se advierte de contado
que palpita dilatado
el cayado de la aorta;
de la sangre el movimiento
se percibe al simple oido,
turbacion en el latido...
acongojado el aliento...

P. JOSÉ. Y bien, ¿qué podria hacerse?

DOCTOR. Poco ó nada: es cosa séria
un aneurisma en la arteria
que está próxima á romperse.

P. JOSÉ. No la abandoneis, Doctor.

DOCTOR. Se encuentra tan delicada;
si no, en un sillón sentada
respiraria mejor,
y esa alcoba es tan caliente
y un vaho pesado exhala...
que la saquen á esta sala,
donde es más puro el ambiente.

P. JOSÉ. Vos que teneis experiencia
de lo que la ciencia alcanza,
¿no abrigais una esperanza
de conservar su existencia?

DOCTOR. De mi ciencia las nociones
las he estudiado completas,
y he aprendido á hacer recetas
pero no á hacer corazones;

y áun así en edad madura
el triste saber se adquiere
de qué mal uno se muere,
pero no cómo se cura...

P. JOSÉ. Vuestra sentencia me aterra.

DOCTOR. Lo siento, padre, por vos,
mas si no viene de Dios
no hallo remedio en la tierra;
si otro desmayo la asalta
la dareis éter á oler.

P. JOSÉ. ¿Nada más queda que hacer?

DOCTOR. Nada más.

P. JOSÉ. Lo haré sin falta.

DOCTOR. (Sacando el reloj.)
Me he de ir, á vos la fio.

P. JOSÉ. Volved pronto.

DOCTOR. Sí por cierto,
pero á mi vuelta os advierto
que hallaré el cadáver frio. (váse.)

(El P. José se acerca á la puerta; entran cuatro
monjas que sacan de la alcoba á Lola desmayada en
un sillón, y al estar en la escena les señala que se
retiren.)

ESCENA II.

P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Eterno Dios, que de tu inmensa altura
tiendes una mirada cariñosa
á la pobre criatura
cuyo despojo va á cubrir la losa;
cuando se rompan los vitales lazos
con bien, Señor, á tu presencia arribe,
y abriéndole tus brazos
en tu misericordia la recibe.

(Toma un frasquito de éter y lo hace oler á Lola,
que hace un pequeño estremecimiento y abre los
ojos.)

Se vuelve á reanimar;
animacion pasajera!
es la ráfaga postrera

de una luz que va á espirar:
creed y esperad, hermana,
que Dios os va á recibir.

(Se oye el lejano y grave tañido de una campana.)

LOLA. Padre, ¿qué quiere decir
el toque de esa campana?

P. JOSÉ. (Con gravedad.)

Es, hermana, un signo externo
conque el creyente ha marcado
el toque de un desterrado
que llama al hogar paterno.
Es la voz de la oracion
con que á los fieles se avisa,
que hay un alma que divisa
las palmeras de Sion.

LOLA. ¡Y cuánto tardo en llegar!

Hacedme oir vuestro acento,
y hasta mi postrer momento;
ayudadme, padre, á orar.

P. JOSÉ. En esta angusta ocasion
consuela mi alma angustiada
al ver en vuestra mirada
tan santa resignacion.

(Con mística ternura.)

El cielo rompe los lazos
de nuestra mortal fatiga,
y la muerte es una amiga
que nos aduerme en sus brazos;
y el alma en fe sumergida
tranquila espera á Dios bueno,
que viene á rasgar de lleno
el misterio de la vida.

«Visteis del mar la braveza¹

»cuando del viento azotada

»trae impreso en su oleada

»el sello de su grandeza?

»Asimismo visteis vos

1 Los versos virgulados se pueden atajar en la representación.

»los humanos corazones
»que en sus inmensas pasiones
»traen el sello de Dios.
»¿Creeis que puede apagar
»el silencio de la tumba
»ese *más allá* que zumba
»cual eco vago en el mar?
»No, hija, se queda el duelo
»del cuerpo en la muda calma,
»pues tiene un aliento el alma
»que ha menester el cielo.»
Tened confianza en Dios.

LOLA. Sí tengo; que esta pasión
ha abierto en mi corazón
fuentes de fe y de esperanza:
cuando la materia inerte
se va ya enfriando en mí,
aún siento, padre, algo aquí
que no puede helar la muerte:
un más allá que se encierra
en mi manera de amar,
que no lo llegó á alcanzar
el polvo vil de la tierra;
«porque el amor leve y ruin
»que en la materia germina
»con la existencia termina,
»y mi amor no tiene fin.»
Y estrecho en la cavidad
de mi mortal corazón,
pidiendo está la expansión
del cielo y la eternidad.

P. JOSÉ. Dios os quiso destinar
para luchar y vencer.

LOLA. Padre, le quisiera ver,
porque voy pronto á espirar.

P. JOSÉ. Procurad, hija, extinguir
esa mundanal idea.

LOLA. Dejad que una vez le vea
la mujer que va á morir.

P. JOSÉ. Pensad, hija, en vuestro estado.

LOLA. Endulzará mi agonía.

P. JOSÉ. ¿Tanto le amais todavía?

- LOLA. (Con certeza.)
Como nunca le haya amado:
cuando en el religioso anhelo
ruego á Dios, pienso en ese hombre,
y veo escrito su nombre
sobre las puertas del cielo.
- P. JOSÉ. Refrenad ese deseo
y ofrecedlo al Criador,
que es el principio de amor,
y creed en él.
- LOLA. (Alzando los ojos al cielo.) Yo creo.
- P. JOSÉ. En vuestro lance postrero
su santa ayuda implorad,
y esperad en su bondad
que os dará el cielo.
- LOLA. Yo espero.

ESCENA IV.

DICHOS y la PORTERA, dirigiéndose al P. José.

- P. RT. De negro velo cubierta,
una dama principal
por sor María Dolores
acaba de preguntar.
- P. JOSÉ. ¿No le habeis dicho su estado?
- PORT. La hemos informado ya,
y pide con grande empeño
que se la permita entrar.
- P. JOSÉ. ¿Ha dicho cómo se llama?
- PORT. Elena de Carvajal.
- LOLA. Dejadla entrar, padre mio.
- P. JOSÉ. (Á la Portera.)
Decid que puede pasar.
(Váse la Portera.)

ESCENA V.

DICHOS y ELENA, que entra despues de los cuatro primeros versos.

- P. JOSÉ. Hija, procurad tener

- el corazon bien contrito.
- LOLA. Padre mio, necesito
el perdon de esa mujer.
- ELENA. Lola, Lola, amiga mia.
(Ap.) ¡Eterno Dios, en qué estado!
- P. JOSÉ. (Á Elena.) No la agiteis demasiado,
porque se halla en la agonía.
- LOLA. «Amiga, aunque os cause pena
»la angustia de un moribundo,
»á la que se va del mundo
»tendedle la diestra, Elena.»
(Tendiéndola la diestra.)
De vuestro buen corazon
turbé la paz y la calma:
le amaba con toda el alma;
perdon, Elena, perdon.
Solo Dios que nos escucha
sabe el amor que hay en mí;
mientras pude, combatí,
y veis el fin de esta lucha:
yo domé mi voluntad,
mas el humano albedrío
puede guiar el navío,
pero no la tempestad.
- ELENA. Hermoso y cándido lirio
que marchitó el padecer,
id al cielo á recoger
la corona del martirio;
y endulce vuestra agonía
como prenda de perdon
esta, de mi corazon,
ferviente lágrima mia.
- LOLA. Elena, de mi conciencia
un peso me habeis quitado,
y esa lágrima ha borrado
las culpas de mi existencia.
¿Y él?
- ELENA. Al saber vuestro estado,
á fin de poderos ver,
se fué corriendo á obtener
un permiso del prelado
para entrar.

- LOLA.** Al cielo plegue.
- ELENA.** Sí, Lola, vendrá volando.
- LOLA.** Mi vida se va apagando.
Será tarde cuando llegue.
«Antes de morir quisiera
»oír su acento de amor.
»Él fué la primera flor
»de mi hermosa primavera,
»de mi vida el primer paso;
»yo la aspiré blanca y pura:
»¡qué triste es hoy su hermosura
»mirada desde el ocaso!
- P. JOSÉ.** »Hija, esa flor vivirá
»en el verjel del eden.
- LOLA.** »Sí, padre, sí; hacedme bien:
»habladme de un más allá.»
(Á Elena.) Por lo que por él sufrí,
á vos que su amor teneis,
os suplico que le ameis
por vos, Elena, y por mí.
«Y si el alma desprendida
»puede volar desde el cielo
»á dar un leve consuelo
»á los que amamos en vida,
»en las horas de quebranto
»yo volaré dulcemente
»en torno de vuestra frente
»para secar vuestro llanto.»
(Ligero estremecimiento.)
Cubre... mis ojos... un velo.
(Con voz apagada.)
Padre... vuestra bendicion.
- P. JOSÉ.** (Con connoecion y solemnidad.)
¡Del sacerdote el perdon
te abra las puertas del cielo!
(Queda Lola un momento en estertor, y al oír la voz de Diego desde fuera hace un violento esfuerzo para detener su último aliento, cayendo cadáver en la silla: Elena de rodillas teniendo su mano izquierda, y el P. José la derecha.)
- DIEGO.** (Desde afuera.)
Es del prelado el permiso;

he de entrar.

PORTERA. Está vedado.

DIEGO. Hacedos, hermana, á un lado.

ESCENA VI.

DICHOS, DIEGO y cuatro monjas, que se colocarán junto al cadáver.

DIEGO. (Entrando con desesperada ansiedad.)
Lola!

P. JOSÉ. Está en el paraíso.

DIEGO. (Mirándola con ojos desencajados.)
¡Ah!... (Pausa.)

P. JOSÉ (Con marcada conmocion.)
Hijo, delante de Dios

gozando de gloria está,
y vos olvidais que acá
otro ángel llora por vos,
(Señalando á Elena.)

á que á una vida de hiel
vuestro dolor la condena.

ELENA. (Levantando los ojos al cielo.)
Dios mio, doblad mi pena,
pero que no sufra él.

DIEGO. (Mirándola y aparte.)
¡Elena!... ¡Cuánto sufrir
en aquel llanto se encierra!

(Con amargura y resignacion.)
Corazon, hay en la tierra
deudas santas que cumplir.

(El P. José levanta á Elena y la acerca á Diego.)

ELENA. (Llorando.)
Si te pesan ya los lazos
de mi amor, yo iré á buscar
un claustro donde llorar.

DIEGO. (Un tanto conmovido.)
Ven, ángel, llora en mis brazos.

ELENA. (Con atrobamiento.)
¡Oh, gracias, gracias, Señor!

DIEGO. Seca el llanto.

ELENA. Es de placer;

(Con expansion de lágrimas.)
porque hay en mi seno un ser
que necesita tu amor.

DIEGO. (Estremecido.)
Elena, Elena, Dios santo,
gracias por tu compasion,
que á un herido corazon
abres las fuentes del llanto.

P. JOSÉ. ¿Lo veis? el dolor humano
Dios con tierno llanto borra:
hijos, venid, y que corra
sobre el pecho de este anciano:
vuelva la calma á los dos
tras tan ruda tempestad.

ELENA. ¡Bendita vuestra vondad!

P. JOSÉ. ¡Bendito el nombre de Dios!

(Se oyen en lejano término las confusas armonías
del órgano mientras cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

